

OPINIÓN

La Tercera > OPINIÓN

El escaso interés en la Unión Sudamericana

Sin obviar que pueden funcionar como espacios de consulta, en América Latina, en general, y en Sudamérica, en particular, se palpita una "fatiga" de cumbres como esta de Cuzco.

Con mucho menos brillo del esperado, debido a la ausencia de una buena cantidad de mandatarios, será lanzada hoy en la ciudad peruana de Cuzco la denominada Comunidad Sudamericana de Naciones, una iniciativa en teoría de alto vuelo que pretende constituir la base sobre la cual los países de la región, en algún momento, consoliden un proyecto de integración regional como el que han logrado desarrollar los estados europeos con la Unión Europea.

La opacidad de este encuentro, al que asistirá el Presidente de la República, pero que no contará con la participación de sus pares de Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador y México -que había sido invitado como observador-, se explica en varios niveles. Uno tiene que ver con la forma en que se ha preparado el terreno para su realización, algo que se vincula directamente con los incentivos concretos para participar en él y que, por la falta de interés que en forma notoria evidencia cada una de esas ausencias, salta a la vista que estuvo lejos de ser óptimo. Es decir, como toda instancia de este tipo, más aún si el objetivo que se persigue es que se convierta en una suerte de piso sobre el que crear una entidad que siquiera se acerque a la que han concretado los europeos a lo largo de casi cinco décadas, se requiere de un trabajo consistente y sistemático, diplomático y político, que haga que la iniciativa sea percibida como consecuencia de la voluntad de cada uno de sus participantes.

En este caso, sin embargo, más que la aceptación de un fin deseable para las naciones sudamericanas, lo que ha parecido mover este proyecto de Unión Sudamericana es el interés de Brasil -su Presidente es uno de sus dos promotores, junto al máximo representante ejecutivo del Mercosur- por consolidar su papel como principal actor geopolítico en la región. Eso, en sí, no es reprobable; por el contrario, tiene asidero en los tamaños de su mercado, geografía y población. Más aún, de esta proyección brasileña habla también su deseo declarado de ocupar un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, que sigue con la misma estructura que se ajustaba a 1945.

El problema de esto último es que produce recelo en Argentina, país que también aspira a ser un referente político internacional de la región y que tampoco esconde su aspiración a estar algún día en calidad de miembro permanente en la máxima instancia de poder de las Naciones Unidas. El resultado es que, a diferencia de Europa, donde Alemania y Francia actuaron como motores de la integración, lo que se produce en Sudamérica es una competencia nada encubierta entre Buenos Aires y Brasilia, que se sabe pasan por

relaciones de baja intensidad, ya sea por concepciones políticas distintas, como, por ejemplo, cómo relacionarse con EE.UU., o por la rivalidad comercial.

Hay otro nivel para analizar esta cumbre. Aunque tiene un objetivo claro -al menos en el plano del discurso- se suma a una serie excesivamente larga de encuentros de este tipo cuya utilidad, en no pocas ocasiones, es dudosa. En otras palabras, y sin obviar que a veces funcionan como espacios de consulta y contactos entre los líderes, se puede decir que en América Latina, en general, y en Sudamérica, en particular, se palpita una especie de "fatiga" de cumbres, un efecto que las devalúa y desperfila. Las iberoamericanas, de las américas, del Grupo de Río, de la OEA, etc., aparecen, así, como foros repletos de declaraciones de buenas intenciones, pero en muchos casos carentes de logros concretos. En este caso, además, llama la atención que se le ponga el nombre de un proyecto, Unión Sudamericana, al que le falta literalmente todo por hacer.

Junto a esto, y aunque nadie puede asegurar a ciencia cierta qué pasará con el tiempo, los resultados de las experiencias previas integracionistas de América Latina no dan para el optimismo. Más bien, todo lo contrario. Ni el Mercosur ni la Comunidad Andina de Naciones (antes, Pacto Andino), entre otras iniciativas de menor intensidad (como la Aladi), han generado los espacios de integración que se esperaron de ellas. No se ha logrado desde el punto de vista económico y menos desde el político. Y nada, de momento, hace pensar que pueda ser distinto ahora. Ni siquiera, incluso, que dado el escenario general de la región, eso sea conveniente.